

# DOCUMENTOS

## Atenea

SEGURIDAD Y DEFENSA

# 6



# Civiles y militares en la Guerra de la Independencia

“Defensa del Parque de Artillería de Monteleón”.  
De Joaquín Sorolla y Bastida. © Wikimedia Commons

Por: Jorge Ortega

# Civiles y militares en la Guerra de la Independencia

Por: Jorge Ortega

Permítanme iniciar mi exposición agradeciendo a la Hermandad de Veteranos de las Fuerzas Armadas y de la Guardia Civil, la ocasión que me brinda de dirigirme a ustedes para recordar los trascendentes hechos acaecidos en nuestra Patria entre 1808 y 1813.

La historia de España está repleta de episodios en que los mitos, y la literatura nacida alrededor de los mismos, se mezclan con la más estricta realidad histórica para aportar un encendido debate a unas polémicas siempre conflictivas, a la hora de tratar de priorizar lo fundamental, por encima de lo puramente anecdótico. Los hechos históricos nunca tienen una sola dimensión. Los ejemplos serían infinitos: la lucha de los pobladores de Hispania contra el poder del imperio romano se mezcla con la sucesiva y enriquecedora asimilación de la civilización grecorromana que llegaba con las legiones invasoras. La cristianización de la península debió conocer acontecimientos tan difíciles de aceptar como la muerte de San Hermenegildo, pero también incluyó, unos siglos después, el descubrimiento de España por parte de Europa, a través de la ruta jacobea. La Reconquista nos muestra una lucha de liberación del dominio islámico, lo que no es inconveniente para que reyes y nobles cristianos –el Cid es el mejor ejemplo– combatan en ocasiones unos contra otros, e incluso apoyando a las huestes sarracenas. La epopeya descubridora de un nuevo mundo, por fin, no está exenta de la polémica sobre el abuso del nativo o sobre la importación de mano de obra esclavista procedente del continente africano. Podríamos seguir aportando ejemplos de luces y sombras de nuestra historia, como podríamos hacerlo repasando las páginas de la historia universal.

Es, sin embargo, difícil hallar a lo largo de los siglos de nuestra historia común, un acontecimiento más polémico y complejo que la Guerra de la Independencia contra la invasión napoleónica, acontecimiento que alcanzó cotas de obstinación y ferocidad, en todo comparables a las defensas de Sagunto o de Numancia. Casi puede afirmarse que aunque, tras los dos siglos transcurridos, las fuentes documentales se encuentran casi agotadas, los enfoques con los que se contemplan los mismos hechos sigan siendo largamente diferentes en función de la trayectoria académica y la personalidad profesional, política y social de cada autor. La Guerra de la Independencia



Monumento a los Héroes del 2 de mayo.  
Madrid.

está sembrada de mitos y tópicos, aun cuando la reciente historiografía, y muy especialmente la publicada con ocasión del segundo centenario, está situando cada uno de ellos en su justa dimensión. Me van a permitir que cite y recomiende, entre los muchos autores consultados para preparar estas palabras, a Ricardo García Cárcel, autor de la obra “El Sueño de la Nación”, así como los trabajos del Coronel Juan José Sañudo, en mi modesta opinión pendientes de un merecido homenaje por parte de las Fuerzas Armadas, a la tarea investigadora y divulgadora de una de las personas que con más profundidad ha estudiado los hechos a que nos estamos refiriendo.

El historiador Juan Pablo Fusi, en el Congreso Internacional de la Guerra de la Independencia, celebrado en la Universidad Complutense en abril de este año, la definía como “un fenómeno muy complejo, lo que convierte en erróneas todas las interpretaciones simplistas que se den de él”. Y, en efecto, hasta el propio nombre que la define es polémico. No va a recibir con carácter general, el nombre de Guerra de la Independencia hasta las cortes

del Trienio 1820-1823 (Guerrero dice que desde el principio), aunque Jovellanos ya había utilizado tal designación en alguna ocasión aislada. Repasando documentos de las distintas épocas, se encuentran las denominaciones de: Revolución, Guerra de la Revolución (1817), Guerra de Usurpación (1809), Guerra del Francés (la utiliza Vicéns Vices), Peninsular War (en la versión inglesa para referirse conjuntamente a la desarrollada en España y Portugal), e incluso la de Guerra Civil. Así la llama en alguna ocasión puntual Jovellanos, y con ese nombre la defiende el Premio Nacional de Literatura y de la Crítica, L.G. Egido, frente al criterio de la insigne historiadora Carmen Iglesias que califica dicha denominación de “disparate”. Tales divergencias pueden servir de ejemplo de los distintos enfoques que los hechos permiten.

Pero quizás el aspecto más complejo se encuentre en el interés de cada uno de los autores en resaltar de forma prioritaria estos o aquellos personajes –ejército francés, inglés y español, guerrilleros o población civil– a la hora de considerar el peso que cada uno aportó a la derrota final de Napoleón en España. Existe un tópico, que considero preciso desterrar, y que ha sido acuñado por algunos autores antimilitaristas, que obvian el papel desempeñado por el ejército español. Se trata de convertir en mitos las figuras de civiles, como Agustina de Aragón, el Alcalde de Móstoles, los chisperos madrileños del 2 de Mayo, o el tambor del Bruch, obviando otras personas e instituciones de la máxima trascendencia, llenas, de todas formas, como veremos, de infinidad de defectos, pero también de virtudes. En mi modesta opinión es difícil separar o dar preferencia a unos sobre otros. Todos se complementaron y confluieron, si bien no siempre coordinadamente, a la victoria final. Y cito, sin orden de preferencia: el Ejército Español, el Ejército Inglés, la guerrilla, el pueblo español y, desde luego, el frente ruso que obligó al Gran Corso a sustraer una parte de las tropas imperiales que combatían en España.

## Las causas de la Guerra

En multitud de ocasiones, cuando se analizan las causas que llevaron a una gran parte del pueblo español a levantarse en armas contra la invasión, se manejan términos como Patria, Nación, Estado, o incluso Inde-

pendencia, que tienen hoy un significado profundamente diferente para nosotros del que tenían para el español de inicios del siglo XIX, especialmente si se considera que se enfrentaba, en palabras del propio Clausewitz, a “la primera guerra total popular contemporánea europea”. No resulta fácil juzgar motivaciones, con razonamientos de doscientos años después. Y más, en una época en que conceptos como el de Nación, siguen siendo objeto de polémica en España.

Sociológica y políticamente, cada grupo ha “arremado el ascua a su sardina” a la hora de analizar tales causas: para la República Española, se luchó por la libertad. Para la ideología franquista, se combatió por el Rey y por la Patria. Unos tan sólo querían ver en los acontecimientos del 2 de Mayo la revolución del pueblo, otros pretendían encontrar un paralelismo entre dicha fecha y la de un 18 de Julio. Lo que resulta evidente es que no se trató de ninguna lucha de clases. Todas ellas estaban representadas en los dos bandos en que se dividieron los españoles, si bien debe reconocerse que, en el lado josefino, se encontraba una buena parte de los elementos más ilustrados de la sociedad aunque, desde luego, no todos ellos.

Por supuesto, son muy de considerar las razones esgrimidas en ocasiones, como son el mantenimiento de la tradición frente al progreso o la modernidad, el cambio del Antiguo Régimen frente al nuevo Estado liberal, el deseo de paso de súbdito a ciudadano, sentido por parte de los afrancesados,... Se pueden encontrar en todo momento razones a favor o en contra de las diferentes motivaciones. Pero en multitud de ocasiones lo hallaremos mezclado en ambos bandos. Así, cuando los ilustrados defienden la creación de un nuevo sentimiento de unidad nacional frente al anterior de la España de los diferentes Reinos, no podemos olvidar que dicho sentimiento también existía en el pueblo sublevado, pese al localismo de las Juntas Provinciales y a su no aceptación de la autoridad de la Junta Central. Resulta ejemplar recordar, en este

“...la primera guerra total contemporánea europea, según Clausewitz...”

# Civiles y militares en la Guerra de la Independencia

siglo XXI de defensa a ultranza del espíritu autonómico en algunas autonomías, la Proclama realizada por la Junta General de Vizcaya en 1808, titulada “Los vascongados a los demás españoles” que reclama: “Españoles, somos hermanos, un mismo espíritu nos anima a todos, aragoneses, valencianos, andaluces, gallegos, leoneses, castellanos, olvidad por un momento estos nombres y no nos llamemos sino españoles”.

Resulta doloroso reconocer que una de las causas que usó como bandera el pueblo español, fuera la defensa del rey Fernando VII, en opinión de la insigne historiadora Carmen Iglesias, “el personaje más nefasto de todo el siglo XIX”. Con todo, vale la pena escuchar la voz de Gaspar Melchor de Jovellanos: “España no lidia por los Borbones, ni por los Fernando; lidia por sus propios derechos, derechos originales, sagrados, imprescindibles, superiores e independientes de toda familia o dinastía. España lidia por su religión, por su Constitución, por sus leyes, sus costumbres, sus usos, en una palabra, por su libertad”. Y esa libertad estaba aherrojada por la traicionera invasión francesa, contra la que, en último término, se produce la sublevación popular que se va a prolongar a todo lo largo de la guerra.



Joachim Murat retratado por François Gérard.

Causas para alimentar el odio al francés existían a cientos. Citemos tan sólo algunos ejemplos:

→ Nada más llegar a Madrid, Murat, con modos altaneros y autoritarios, exige para la tropa francesa: alojamiento para 12.000 hombres, hospital para 3.000, 2.000 pares de botas, 20.000 cantimploras, 200 carros, 500 mulos y 50.000 raciones de bizcocho. Todo ello en unos momentos en que el Ejército Español está prácticamente descalzo y desmontado por falta de medios.

→ Tras caer Zaragoza, los edecanes del duque de Montebello y el propio duque se llevaron las joyas de la Virgen del Pilar.

→ El mariscal Soult se apropió de una colección de 204 cuadros, robados como Virrey de Andalucía, y posteriormente subastados por su familia en París en 1853.

→ Los fusilamientos del 2 y 3 de mayo en Madrid se realizan tras una vergonzante caricatura de juicio y, como escarmiento, en los lugares más públicos y concurridos: junto a la fuente de la Puerta del Sol, en la fachada de la iglesia de la Soledad, en el Hospital del Buen Suceso, en la montaña del Príncipe Pío, en la Puerta de Segovia, en las tapias del Buen Retiro.

→ Por si todo lo anterior no fuera suficiente, se le podrían sumar los constantes abusos, saqueos, incendios, violaciones y asesinatos de civiles llevados a cabo por el Ejército Napoleónico. Bien es verdad que también los soldados franceses debieron conocer el horror de los abusos españoles. Baste recordar a los vencidos en Bailén, desasistidos en la Isla de Cabrera sin respetar lo convenido en las capitulaciones. De más de 10.000 prisioneros allí abandonados a su suerte, no regresaron a Francia más allá de 3.000, tras darse varios casos de canibalismo.

→ Por fin, debe recordarse que la estrategia política de Napoleón respecto de España era incorporar a Francia todos los territorios de soberanía española situados en la margen izquierda del Ebro, uniéndolos políticamente, a cambio, Portugal con el resto del territorio español.

## Algunos mitos

Aunque pretendo centrarme en la segunda parte de esta conferencia en los auténticos protagonistas de la guerra, voy a repasar muy brevemente algunos de los mitos y tópicos a que hice referencia al principio de estas palabras.

Y voy a empezar rindiendo un homenaje a la participación de la mujer en la guerra. Aunque podrían citarse docenas de heroínas, ninguna ha alcanzado la popularidad de Agustina de Aragón. Mi intención es tratar de separar la realidad de la ficción. Agustina Raimunda María Saragossa Doménech, catalana de Santa María del Mar, estaba casada con el Sargento del Real Cuerpo de Artillería Juan Roca. Con sólo 22 años, y al ver muertos o moribundos a todos los artilleros de la dotación de un cañón de a 24 que defendía la Puerta del Portillo de Zaragoza –lugar en el que se encontraba para llevar abastecimientos–, tomó el botafuego de manos de un artillero –no de su marido como reza alguna leyenda, ya que éste se hallaba defendiendo otra puerta de la Ciudad–, deteniendo con su disparo la inminente entrada de las unidades francesas. Enterado del hecho el general Palafox, tomó las jinetas de un sargento muerto y se las colocó a Agustina. Nuestra catalana, tras participar en varias campañas durante la guerra como suboficial, tras la muerte de su marido, volvió a casarse con un médico y finalmente murió en Ceuta, siendo teniente y habiendo percibido una pensión vitalicia otorgada por el propio rey Fernando VII. Como antes señalé, como la suya podrían citarse las acciones, si bien menos conocidas, no menos admirables de Manuela Sancho o de Casta Álvarez, enterradas hoy con Agustina en la cripta de la Iglesia del Portillo, o de la Condesa de Bureta, o la costurera Manuela Malasaña, cuyo apellido ha dado nombre a un castizo barrio de Madrid, asesinada con 16 años por el “delito” de llevar consigo las tijeras propias de su oficio. También las mujeres españolas colaboraron en la independencia y libertad de la Patria.

Prometí no dedicarme en exceso a los mitos y, por tanto, voy a obviar extenderme en algunos de ellos, como es el caso de la acusación de traidores, referida a los afrancesados. Pero un mínimo rigor histórico no permite calificar de menos patriotas a Meléndez Valdés, Moratín, O´Farrill o Urquijo, que a Floridablanca, Jovellanos o

Saavedra, sólo porque aquellos escogieron la España josefina, frente a la fernandina. Igualmente resulta necesario, aunque sea de pasada, romper una lanza por el rey José, ese abstemio, lleno de buena voluntad, al que el pueblo colocó el sambenito de “borracho”.

Pero hagamos un punto y aparte y pasemos de lleno a dar algunos ligeros rasgos de los auténticos protagonistas de la victoria final sobre el francés, de forma que nos permita tomar conciencia histórica cierta de la situación. Y comencemos por el propio enemigo.

## El ejército francés

Tan sólo algunas cifras y análisis aclaratorios. Empecemos por señalar que las constantes derrotas infringidas a las tropas españolas en diversas batallas en la primera parte de la guerra, lo fueron por el que, en aquel momento, era el mejor ejército del mundo. Napoleón había introducido importantes novedades organizativas, así como mejoras en el armamento y material, y en la instrucción, que convertían a las divisiones francesas en mucho más móviles y maniobreras que las del resto de ejércitos europeos. En 1808, el Imperio disponía de 600.000 hombres movilizados, que llegaron a ser un millón doscientos mil en 1813. Al inicio de la invasión, Napoleón se encontraba en guerra con Gran Bretaña y Suecia. Por tanto, es tan incierta la afirmación de que el ejército francés que combatió en España era bisoño, como la contraria, que pretende que en Bailén se derrotó a la Grande Armée. El ejército que invadió España estaba formado por tan sólo 18.000 veteranos, de los 117.000 que componían los seis Cuerpos de Ejército. Pero sus mandos superiores eran generales y mariscales de alta calidad, formados en las guerras napoleónicas europeas. A pesar de su talento natural para la guerra, Napoleón se equivocó en España. El mismo reconoció que la guerra de España fue “una úlcera que no dejó de sangrar hasta mi derrota”. El emperador juzgó a los españoles por lo que conocía de ellos, es decir sólo por sus clases elevadas. Generalizó erróneamente al pueblo español con la indolente corte de Carlos IV. Por ello, los bisoños soldados franceses no venían a conquistar España, sino tan sólo a hacer frente, en algún caso, a motines populares, sirviendo de reserva y zona de retaguardia para la guerra con Portugal..

## Civiles y militares en la Guerra de la Independencia

Por el contrario, el ejército que acompañó al propio emperador en su entrada en España en noviembre de 2008, incluía lo más selecto de la Grande Armée que había hecho temblar a toda Europa, llegando a disponer de hasta más de 350.000 hombres en 1811 aunque, a partir de 1812 y 1813 fueron disminuyendo hasta unos 100.000, frente a los alrededor de 180.000 de que llegaron a disponer los aliados en aquellos años.

### El ejército inglés

Es conocido que Inglaterra puso en España un ejército para combatir a Napoleón, pero no lo es tanto que aportó un dinero que en España faltaba para sus ejércitos y que resultaba indispensable para mantener viva la contienda, después de las primeras derrotas. Tal vez por ello, los ejércitos ingleses se abastecieron, de la misma forma que hizo el ejército francés, a costa de la población civil española, lo que no ocurrió con carácter general en el Ejército Español, aunque no pueda decirse otro tanto de los guerrilleros, como en seguida comprobaremos. He señalado intencionadamente la frase “para combatir a Napoleón”, porque desde un principio debe quedar claro que Wellington no vino a ayudar a los españoles, sino a derrotar a Napoleón y evitar con ello una hegemonía clamorosa sobre toda Europa, a la que también aspiraba Inglaterra.

Arthur Wellesley, duque de Wellington, y posteriormente de Ciudad Rodrigo –ducado concedido por el gobierno español- disponía, al tomar el mando en 1809, de un ejército inglés de tan sólo unos 30.000 hombres. Sin embargo, llegó, en septiembre de 1812, a ostentar el mando único que nunca había otorgado la Junta Central a un militar español. En dicha fecha, las Cortes Españolas le nombran generalísimo de los Ejércitos Españoles. Mandaba en aquel momento, además de todo el Ejército Español, a 48.000 ingleses y alrededor de 12.000 portugueses. Aunque nos adelantemos al análisis del Ejército Español, la figura de Wellington pone más claramente de manifiesto la falta, entre nuestros generales, de una auténtica autoridad militar estratégica en aquella guerra. Nos faltó un Gran Capitán, un Spínola o un duque de Alba que, con un prestigio aceptado por todos, centralizara y coordinara el esfuerzo español.

A pesar del decisivo apoyo que las tropas inglesas supusieron para el resultado final de la guerra, sus relaciones con los españoles nunca fueron cordiales. Hubo permanentes acusaciones mutuas y una total incompreensión entre los aliados. Ilustrémoslo con algunos ejemplos:

- El Marqués de la Romana afirma: “Matan sin necesidad bueyes y no los pagan. Derraman el vino de las bodegas después de beber el que han querido sin pagarlo”.
- En Cádiz llegó a levantarse un gran motín popular contra los ingleses que pretendían desembarcar su ejército en el puerto de dicha ciudad.
- El general Cuesta acusa a los ingleses de complejo de superioridad, pillajes y anticatolicismo. Ello llevó a Wellington a exigir la destitución de Cuesta para asumir el mando supremo.
- El desencuentro se daba en las dos direcciones: el propio Wellington afirma en una carta: “son la nación más incapaz que he conocido, la más vana y, al mismo tiempo, la más ignorante”.

### Los guerrilleros

Posiblemente el aspecto más polémico de cuantos se relacionan con nuestra Guerra de la Independencia sea el del papel jugado por la guerrilla, muy variable dependiendo de la nación que lo juzgue y, aun entre españoles, con unas grandes diferencias.

La palabra española “guerrilla” (petite guerre entre los franceses) ha pasado en castellano a los idiomas del mundo entero, como una específica forma no convencional de combate. Forma de combate ya usada por los celtíberos contra Roma. Tito Livio cita a Púnico, Kesar y Tántalo, y hasta nuestros días han llegado las hazañas guerrilleras de Indívil, Mandonio y el propio Viriato.

Al analizar el fenómeno de la guerrilla en nuestra Guerra de la Independencia, la primera característica

que se ha de aplicar es la de la diversidad. En efecto, sociológica y políticamente encontramos guerrillas dirigidas por conservadores como el cura Merino o por liberales como Espoz y Mina o el Empecinado. Sus jefes surgen de todos los estratos de la sociedad española: del pueblo, como Juan Martín el Empecinado, del clero, como Merino, de derrotados e incluso de desertores del ejército que se echan al monte. Militares eran Juan Díaz Porlier, Mariano de Renovales, Francisco Miláns del Bosch, Lacy, Llauders y Villacampa. Incluso su enemigo natural es diverso: franceses o afrancesados. Como ejemplar confirmación de la referida diversidad, en Hospitalet de Llobregat llegó a existir una partida de guerrilleros. También son variadas sus motivaciones. Junto a auténticos patriotas, se encuentran simples bandoleros que buscan exclusivamente el botín, hasta el punto de que algunas de las bandas debieron ser eliminadas por los propios guerrilleros. El general Castaños se queja al terminar la guerra: “como no he sido guerrillero, en lugar de tener dinero, tengo deudas”.

El número de partidas se evalúa en varios centenares, repartidas a lo largo y ancho de todo el territorio español. Según Arteché se alcanzó una cifra de 35.000 a 50.000 guerrilleros, lo que supuso para el Ejército Francés, tener que disponer, en muchos momentos de la guerra, de más de 50.000 soldados para combatirlos y controlar sus comunicaciones logísticas.

Sus relaciones con el pueblo, en cuyo seno vivían y del que se nutrían, y con el Ejército Español, fueron muy conflictivas. Veamos algunas muestras:

- El general Senén de Contreras califica a las partidas de Extremadura de “ridículas y antimilitares”.
- El general Ballesteros las considera “perjudiciales para la causa española”.
- El Marqués de la Romana califica a Díaz Porlier de “jefe de una banda de ladrones”.
- En Puente la Reina, las autoridades del pueblo llegaron a pedir a los franceses que enviaran tropas para protegerlos de la guerrilla. Algún autor llega a afirmar que el pueblo huía por igual de soldados españoles, franceses, ingleses, portugueses o guerrilleros.

Sin embargo, resultaría injusto no admitir que su influencia en la inseguridad de las retaguardias francesas fue clave en la guerra y así fue reconocido por el ejército y el pueblo en multitud de ocasiones. A pesar de que los franceses nunca les concedieron la condición de combatientes, ejecutando a los que cogían prisioneros –si bien existía una actitud idéntica del guerrillero respecto del francés-, algunas partidas se convirtieron en auténticas unidades militares incardinadas en el Ejército Regular, con sus empleos, grados y banderas, alcanzando tamaños semejantes a brigadas o divisiones. El Empecinado llegó a mandar más de 5.000 hombres, y Espoz y Mina alcanzó cifras entre 11.000 y 13.000. Muchas partidas fueron armadas por el ejército y, al acabar la guerra, algunas se integraron oficialmente en el mismo. Es el caso de los Húsares o Cazadores de Iberia, de los Cazadores de Guadalajara o de los Cazadores de Madrid. En cuanto a sus jefes, fueron muchos los que alcanzaron los entorchados del generalato: el Empecinado, Espoz y Mina, Merino, Porlier y Lens son un ejemplo de jefes de partida ascendidos a generales del Ejército Regular. Llauder y Rovira y Julián Sánchez el Charro fueron brigadieres, Miláns mariscal de campo, Eroles teniente general y Villacampa capitán general.



Juan Martín Díez, “El Empecinado”  
de Goya

# Civiles y militares en la Guerra de la Independencia

## Civiles y militares (el pueblo y el ejército)

En ocasiones se ha descrito la Guerra de la Independencia como un conflicto de liberación llevado a cabo por el Ejército Inglés de Wellington, con la ayuda de la guerrilla y del levantamiento popular. Es decir, sin mencionar siquiera la actuación del Ejército Español. Se trata de un auténtico sinsentido histórico.

Ciertamente, a principios de 1808, todos los historiadores coinciden en describir al Ejército Español como mal equipado, medianamente organizado e instruido y con una disciplina muy deficiente. A lo largo de la guerra, la pobreza de los ejércitos llegó a situaciones de auténtica miseria. El general Castaños ordena, como un lujo máximo, tras una brillante actuación, que sus soldados “tengan un buen gazpacho” y el propio Castaños no acepta una cena que le ofrece Wellington porque “a cambio, yo no podía ofrecerle en mi mesa más que pan”. De la muy deficiente organización del Ejército Español da idea el hecho de que los 145.000 hombres que lo formaban contaban con una desmedida cabeza como la que suponían 5 capitanes generales, 83 tenientes generales, 116 mariscales de campo y 197 brigadieres, cuyo aval, en la mayoría de los casos, se cifraba simplemente en pertenecer a la nobleza o a la Guardia Real. En 1808, el 23% de los generales españoles eran aristócratas.

En el momento de la invasión contaba con 8.000 oficiales y 137.000 hombres entre suboficiales y tropa. De ellos, aproximadamente 100.000 formaban el Ejército Regular, siendo milicias provinciales los restantes. De las cifras anteriores se deben descontar las tres divisiones (unos 27.000 hombres) que se encontraban en Portugal a las órdenes de Junot, si bien es cierto que la división del mariscal Ballestá hizo prisioneros a los franceses que la acompañaban y se incorporó a Galicia con 4.000 hombres. Por el contrario, la división del general Carrafa fue desarmada y hecha prisionera por Junot, mientras la tropa de Setúbal también quedó en parte prisionera de los franceses, pudiendo otra parte incorporarse al Ejército Español por Huelva. Si a lo anterior le sumamos los 14.000 hombres que, a las órdenes de D. Pedro Caro Sureda, Marqués de la Romana

, se encontraban en Dinamarca en virtud del Tratado de San Ildefonso, para engrosar las tropas imperiales a las órdenes del mariscal Bernadotte, en la guerra contra los suecos, quedan alrededor de 100.000 hombres que, de haberse dispuesto de una autoridad militar central única y del correspondiente Plan de Campaña hubieran podido permitir la explotación del éxito de Bailén, primera derrota en campo abierto de Napoleón, evitando la progresión francesa hacia Andalucía, así como cortar las comunicaciones con retaguardia del Ejército Francés.

Esta falta de autoridad militar central condensa la gran culpa que se puede achacar a los altos mandos del Ejército Español en la Guerra de la Independencia. Sus propios celos personales, así como los de las Juntas Provinciales entre sí y con la Central, y la desconfianza de todas ellas en las autoridades militares, tuvieron la negativa consecuencia de que los intereses locales y regionales primaran en todo momento sobre los nacionales. Priego señala que las Juntas eran muy celosas de las tropas bajo su mando. Son conocidos los desencuentros entre Cuesta y Blake o entre Palafox y Castaños. En septiembre de 1808, y a pesar de estar en aquel momento Madrid liberado, no se consigue poner de acuerdo a los generales de los ejércitos ni sobre el mando único ni sobre el Plan de Campaña. Tan sólo se pudo convenir que Castaños, Palafox y Blake “procuraran coordinar sus operaciones”. Se improvisaron unidades de carácter provincial que se enfrentaron a los franceses con desorden y confusión. Al referirse a tales improvisaciones, un autor, con motivo del primer centenario en 1909, afirma: “infelices paisanos que no estaban acostumbrados a semejantes fatigas por ser la mayor parte de poco ánimo”.

Tampoco es correcto generalizar una actitud pro-francesa de las altas autoridades militares, aunque ciertamente una buena parte de los Capitanes Generales, autoridades que presidían los muy trascendentes organismos provinciales de gobierno, optaron por José I, y entre el 13 y el 18 de mayo de 1808, aceptaron el nombramiento de Murat como Lugarteniente General del Reino y Presidente de la Junta de Gobierno. Esta actitud costó la vida a muchos de ellos en los motines populares que siguieron al 2 de mayo. Podemos citar los asesinatos ocurridos en Badajoz, Cádiz, Granada, Cartagena, Palma de Mallorca, Galicia, Valladolid y Cana-



© Wikimedia Commons

“La carga de los mamelucos”, de Goya

rias. Pero también se debe recordar que otros generales españoles encabezaron las sublevaciones en Cartagena, Valencia, Oviedo, Algeciras, Cádiz, Granada, Badajoz, Valladolid, Baleares, Galicia, Zaragoza,... En cuanto al comportamiento de las guarniciones al mando de oficiales intermedios fue de plena adhesión al levantamiento hasta el punto de que ni un solo regimiento del Ejército Regular quedó a las órdenes de José I.

Los militares españoles debieron debatirse en los primeros días entre la disciplina debida a sus altas autoridades, básicamente de obediencia josefina, y lo que su patriotismo les dictaba. El 2 de mayo muestra un claro ejemplo de lo anterior. El Capitán General de Madrid, Francisco Javier Negrete, siguiendo instrucciones de Godoy, ordenó cerrar todos los cuarteles de la Villa y mantenerse en ellos. Previamente se habían alejado de Madrid las unidades más prestigiosas. Los soldados estaban privados de munición y de piedra de sílex desde el primero de mayo, incluso en los puestos de centinela. A pesar de ello, en el levantamiento de Madrid no intervinieron tan sólo Daoiz, Velarde y el teniente Ruiz. El Coronel Marqués de Casa Palacio, contraviniendo las órdenes, facilitó a Velarde 33 hombres al mando de un capitán, tres tenientes y otros tantos cadetes con los que se incorporó al Parque de Montealeón en el que, entre el millar de defensores, se encontraron 67 militares. El Regimiento de Dragones del Rey, saltándose las órdenes de su coronel, tenía ya montados un capitán dos tenientes y un alférez y sus soldados sacaban ya de las cuadras los caballos del diestro, ensillados para

incorporarse al levantamiento, cuando un batallón y un escuadrón francés les cerró la salida del cuartel. Igualmente fueron detenidos por las órdenes estrictas de sus coroneles, los intentos de salida de unidades de los Batallones de Guardias Valonas y Guardias Españolas.

El Ejército Español nunca se rindió. Sería de aplicación la conocida expresión de Mao-Tse-Tung con motivo de la Larga Marcha: “Progresamos de derrota en derrota hasta la victoria final”. Si hubiera que buscar una palabra que resuma una actitud común de los civiles y militares españoles en la Guerra de la Independencia, ésta sería la de TENACIDAD. Hugo O’Donnell, Vicepresidente de la Comisión Española de Historia Militar afirma: “el Ejército Español fue como un Ave Fénix que se regeneraba tras cada derrota”. Pero también es correcto afirmar que el español fiel a su idiosincrasia, prefirió a todo lo largo de guerra defenderse del francés a su propia manera que consistía en hacerlo, si ello le era posible, no encuadrado en una unidad militar del Ejército Regular. De hecho, a todo lo largo de la guerra, sólo uno de cada doce españoles en edad y condiciones de combatir, estuvo encuadrado en una unidad militar o en una partida guerrillera.

La desertión era casi la norma. En los partes de guerra, tras la expresión “desaparecido” se encubrían los desertores después de cada batalla. Otro tanto ocurría al acercarse los tiempos de las cosechas. Son abundantísimos los bandos de las diferentes juntas, unas veces amenazando a los desertores y otras amnistiándolos para lograr su vuelta a las armas. Las cifras son elocuentes. El denominado Ejército de la Izquierda pasó en un mes de 37.000 hombres a 14.000 y el del Centro de 40.000 a 9.000. Otro tanto puede decirse del alistamiento. En octubre de 1808, con el 2 de mayo y la victoria de Bailén aun recientes, sólo se presentó al de Madrid el 50% de los alistados. En 1810, de las 70 divisiones que se pretendía formar, dadas las posibilidades del censo, sólo se pudieron alistar hombres para llegar a 37.

Por otra parte, entre los oficiales profesionales del Ejército Regular hubo siempre un descontento general por la prodigalidad y liberalidad con que se otorgaban los ascensos. Los ejemplos son interminables. La Junta llegó a publicar un decreto por el que se ascendía un grado a

## Civiles y militares en la Guerra de la Independencia

todos los oficiales que combatieron en Zaragoza y se concedía el de sargento a todos los alistados que participaron en la defensa de la plaza. En Córdoba, el jefe del levantamiento, teniente coronel D. Pedro Agustín Echévarri fue nombrado general, a la vez que Presidente de la Junta de Córdoba. Palafox pasó en un día, de brigadier a Capitán General de Aragón. Un bando del propio Palafox comprometía la habilitación de capitán al que reuniera cien hombres, la de teniente al de sesenta y la de alférez al de treinta. En Calatayud, un comerciante de chocolate hizo 91 prisioneros franceses y Palafox le confirió el empleo de teniente.

Se debe insistir en que, siendo el esfuerzo español una mezcla de los realizados por la guerrilla, el pueblo y el ejército, los mismos no sólo no fueron coordinados, sino, en multitud de ocasiones, independientes, cuando no enfrentados. Ya he señalado que las juntas preferían alistar hombres para sus milicias que para cubrir las necesidades del ejército. En Cataluña, por ejemplo, la del Principado prefirió crear cuarenta Tercios de Migueletes que una parte del Ejército Regular. En general, puede afirmarse que el pueblo se sintió muchas veces capaz de resistir con sus propios medios al francés, antes que hacerlo dentro de las filas del Ejército Español. Ello llevó a movilizaciones locales absurdas, sobre todo en los primeros momentos. Alguna junta llegó a movilizar a todos los solteros o viudos entre 16 y 40 años, para comprobar de inmediato que no disponía para ellos, de armamento, uniforme, o procedimientos de alimentación.

Los dos sitios de Zaragoza son una buena muestra de esta descoordinación entre pueblo y ejército, de sus disputas, a la vez que de ese afán común de todos los españoles, civiles o militares, de resistir al francés. Durante el primer sitio, Palafox pretendió nombrar jefes militares para dirigir las unidades creadas por el propio pueblo de Zaragoza pero, en frase de un autor de 1909: “el pueblo se acaudilló según sus propias relaciones”. Y hago referencia al primer sitio, porque en ambos se muestra palpablemente esta disfunción entre el esfuerzo civil y el militar. La defensa del primer sitio fue eminentemente civil y popular. Los escasos mil soldados con que contaba la plaza y el amotinamiento civil que otorgó el mando a Palafox dejó la defensa en manos civiles. En el caso de Zaragoza, tal vez sería más exacto decir en manos de paisanos y clérigos. Palafox llegó incluso a quitar el mando de la Aljafería y de la Intendencia a dos coroneles (Bustamante y Gorcini) dándoselo a dos

civiles: Cerezo y Calvo de las Rozas. La obra de 1909, anteriormente citada, afirma, al tratar de las frecuentes disputas entre militares y civiles: “enorgulleciéndose los primeros de su profesión, atribuíanse los segundos la mayor y principal parte de la gloria de los pasados combates”. Del peso del componente civil en la defensa del primer sitio da idea el hecho de que Palafox no tuvo una guardia militar hasta bien avanzado el sitio. Anteriormente lo era de civiles militarizados. Un jefe militar se queja en una carta: “saben morir pero no saben someterse a disciplina”. La fortificación fue dirigida por civiles. El ingeniero militar Antonio Sangenis fue incluso detenido cuando la recorría. Los pocos ingenieros militares existentes en la plaza hubieron de supeditarse a las opiniones civiles.

Por el contrario, durante el segundo sitio, la defensa fue específicamente militar. Palafox dispuso en la plaza de más de 30.000 soldados, para una ciudad de tan sólo 45.000 habitantes, concentración humana que fue una de las causas de la rendición, ya que la epidemia de peste se cobró más de las dos terceras partes de las bajas. Pero el pueblo de Zaragoza, a diferencia de lo ocurrido en el primer sitio, se retrajo inicialmente, celoso de la preponderancia militar al ser empleados los civiles como meros auxiliares en tareas menores, a las órdenes de oficiales o suboficiales. El paisano español –utilizando la terminología de la época– prefería luchar, aun con riesgo de morir, a trabajar en tales labores. Por el contrario, durante el segundo sitio, la defensa fue específicamente militar. Palafox dispuso en la plaza de más de 30.000 soldados, para una ciudad de tan sólo 45.000 habitantes, concentración humana que fue una de las causas de la rendición, ya que la epidemia de peste se cobró más de las dos terceras partes de las bajas. Pero el pueblo de Zaragoza, a diferencia de lo ocurrido en el primer sitio, se retrajo inicialmente, celoso de la preponderancia militar al ser empleados los civiles como meros auxiliares en tareas menores, a las órdenes de oficiales o suboficiales. El paisano español –utilizando la terminología de la época– prefería luchar, aun con riesgo de morir, a trabajar en tales labores.

Por: Jorge Ortega

General de División de Caballería